

EL ENTERRAMIENTO DE FUENTENEGROSO, PEÑAMELLERA ALTA, ASTURIAS

Rosa Barroso, Jorge Camino, Primitiva Bueno y Rodrigo de Balbín

El hallazgo del enterramiento de Fuentenegroso se produjo de forma casual el 11 de agosto del 2001 por un grupo de espeleólogos que inmediatamente dio conocimiento de los hechos al puesto de la Guardia Civil de Llanes. Desde allí se da comunicación a la Sección de Montaña de Cangas de Onís que localiza la sima solicitando el levantamiento de los restos óseos al Juzgado de Instrucción de Llanes, realizando su posterior traslado al tanatorio de dicha localidad. Allí los restos son examinados por la médico forense antes de su envío al Instituto Nacional de Toxicología de Madrid –Sección de Antropología Forense– para su exhaustivo análisis donde fueron analizados por D. Jesús Agudo.

Fragmentos de cráneo, la mandíbula, ambos coxales, una tibia y fémur derecho fueron los huesos desplazados hasta Madrid y los primeros que nosotros pudimos manejar, junto a las dos pulseras que poseía el cuerpo en sus muñecas. Tuvimos entonces acceso al informe de la forense de Llanes, del forense del Instituto de Toxicología, las fotos de la Guardia Civil previas a la exhumación, y pudimos dibujar y fotografiar las pulseras que claramente habían sido limpiadas.

Ya en Asturias, y acompañados de miembros de la Sección de Montaña de la Guardia Civil, visitamos la sima.

La apertura de las sucesivas diligencias que supuso sacar estos restos de la vía judicial para incorporarlos al Patrimonio asturiano, retrasa notablemente el estudio del enterramiento que llega a oídos de la prensa en fechas de abril del 2002. Surgirán entonces precipitadas noticias sobre las circunstancias del hallazgo que deben esclarecerse con esta

ordenada secuencia de los hechos y la convicción de que nunca hay en ellos una mala intención sino desconocimiento. La inusual aparición de restos óseos tan bien conservados justifica que sean tomados por modernos y el inicio de un proceso más policial que estrictamente arqueológico.

De la misma cadena de acontecimientos también queda claro que la exposición del enterramiento de Fuentenegroso que hacemos en estas líneas no es sino su reconstrucción a partir de los informes y las fotos de la Guardia Civil y del Grupo Espeleológico que realiza el hallazgo, de los propios restos óseos, de las diferentes analíticas a las que han sido sometidos, y de nuestra visita a la cavidad.

En la actualidad se están realizando análisis de paleodietas, dada la buena conservación de los restos, y análisis metalográficos del ajuar. Estos datos junto con una más amplia contextualización ambiental y cultural, colaborarán al conocimiento de una faceta inédita de la cultura protohistórica asturiana, sus costumbres funerarias durante el primer milenio a.C.

EL LUGAR DEL HALLAZGO

El hallazgo se produjo en una pequeña cueva de la sierra litoral de Cuera, dentro del concejo de Peñamellera Alta, con coordenadas 360655/480250 de la hoja 32 – III “Porrúa” 1:25.000 (Fig. 1). La sima en cuestión está a casi 900 m s.n.m. y su ascenso por la sierra es realmente muy duro. Tiene un desarrollo longitudinal de unos 25 m con dos accesos a su interior, un pozo vertical de unos 5 m, y otra entrada mucho más practicable. Esta, aunque estrecha por la presencia de bloques de piedra caídos, confluye tras unos 8 m con el pozo

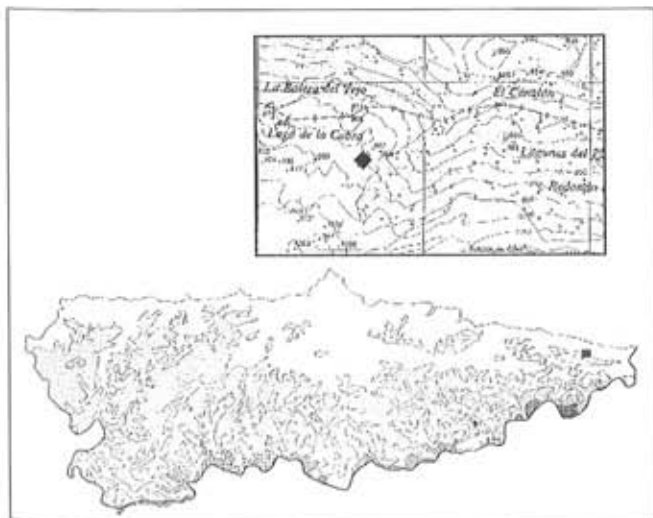


Figura 1.—Situación de la cavidad de Fuentenegroso.



Lámina 3.—Localización de la sima funeraria.

en el inicio de una pequeña galería muy empinada y descendente en dirección E que termina en la sala final en la que se encontraban los restos.

Esta pequeña sala tiene un eje de 1,85 m y una forma aproximadamente oval que viene marcada por el angosto paso desde el que se accede a ella y por el estrechamiento en el que termina, con sólo 1,20 m en su punto de anchura máximo.

En la pared derecha inmediata al comienzo de esta pequeña sala se encontró el esqueleto completo de una cabra, caída y rodada desde el pozo y por lo tanto sin conexión alguna con el enterramiento que nos ocupa, como evidencia la falta de carbonatación y de envejecimiento de los huesos. Este se encontró más al interior, en posición oblicua respecto al eje de la sala, en la zona interna de la misma, con la cabeza orientada al este.

La sierra de Cuera posee en la parte superior un lapiaz característico en punta, propio del clima cálido, erosionado formando diaclasas importantes, una de ellas ampliada y ligeramente karstificada que es en la que se encuentra la cueva. En este marco la cavidad de Fuentenegroso posee grietas y algo de neoformaciones con posibilidad de entrada de sedimentos exógenos en abundancia.

DESCRIPCIÓN DEL ENTERRAMIENTO

El esqueleto estaba cubierto de sedimentos y costras calcáreas, pues afloraba en superficie, sin embargo parte de él aún estaba semienterrado dejando constancia clara los informes de la dificultad de su extracción, así como de su mezcla con algunos restos de animal que se hallaban debajo. Se entiende así su colocación en una fosa, un área oval de aproximadamente 1,50 x 1 m que en nuestra visita a la cueva aún pudimos observar con un sedimento diferente, tierra más suelta y con algunas esquirlas de hueso, sin que apareciera aún la roca de base. La superficialidad de los restos sugiere una escasa o nula cubrición con una única delimitación amplia, en su zona este, formada por bloques de piedra paralelos a la pared de la cueva.

Estaba colocado boca arriba, con el tronco en clara posición de decúbito supino, brazos flexionados con la mano izquierda a la altura de su hombro, y la derecha sobre el torax, con una pulsera en cada muñeca. Ambas piernas están flexionadas y giradas hacia su lado izquierdo como sería propio de una posición fetal.

El relato de su extracción expone la fragilidad y lo quebradizo de algunos huesos, pero para la antigüedad de la que estamos hablando el estado de conservación general es bueno. El cráneo, apoyado y semienterrado en su zona occipital, era la parte peor conservada. Estaba hundido y con algunos fragmentos del parietal esparcidos, al igual que su mandíbula inferior, situada a la altura de clavícula. Se trata de desplazamientos que fácilmente pueden explicarse por el desmolde de los huesos o por el paso de algún pequeño animal. Poco más parece alterado de lo que sería la situación inicial del cuerpo, en clara conexión anatómica, y con la perfecta conservación incluso de huesos más delicados como es el caso de los carpianos y metacarpianos de las manos.

El estudio realizado en el Instituto de Toxicología de Madrid señala que por su gracilidad, tamaño y mediciones específicas, como la cabeza del femoral, o la madurez de las crestas ilíacas, se trata de una mujer joven, de 20 años, de una estatura considerable, superior a 1,60 cm que conservaba todas las piezas dentales y en buen estado. Otras observaciones como el diámetro de las pulseras la presentan como de constitución delgada.

SU AJUAR

La mujer portaba dos pulseras colocadas una en cada muñeca (Fig. 3). Su descripción es la siguiente:

En su mano izquierda llevaba un brazalete abierto, macizo, de forma ovalada con extremos adelgazados y de corte

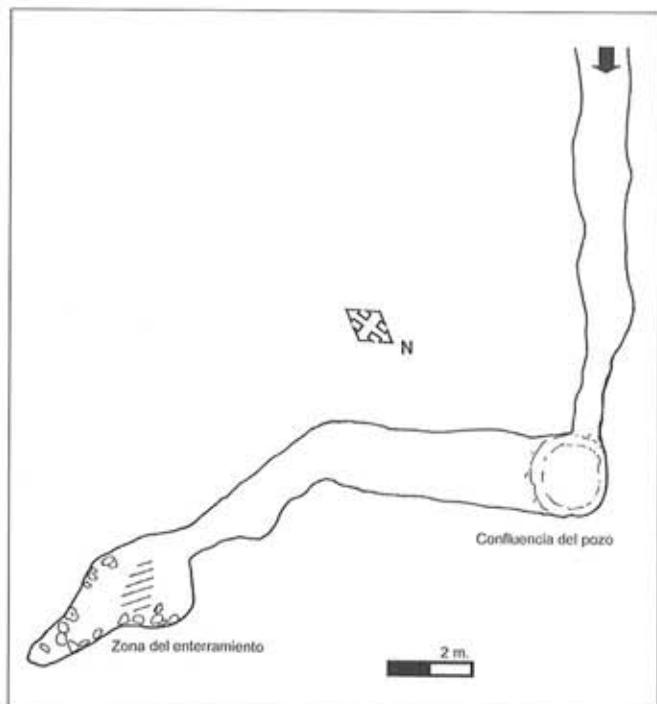


Figura 2.-Croquis de la cavidad.

cuadrangular, muy pulido y de sección plano-convexa. Carece de decoración, y su estado de conservación es muy bueno, aunque gran parte de él afloraba en superficie. Mide: 235 x 7 mm. Pesa: 72,68 gr.

En su mano derecha tenía un brazalete escasamente visible en superficie. Es abierto, macizo, ligeramente oval, con extre-

midades adelgazadas, apuntadas y superpuestas. En su contorno hay tres zonas de mayor anchura, en el centro y los laterales. Tiene sección oval con aristas laterales bien marcadas en el centro y algo más redondeadas hacia los extremos. Carece de decoración, y está bien conservado con concreciones sólo en los extremos. Mide: 160 x 4 mm. Pesa: 22,11 gr.

ESTADO ACTUAL DE LAS INVESTIGACIONES

El esqueleto presentaba conexión anatómica, y el análisis óseo certifica la inexistencia de traumatismo alguno que pudiera haber causado su caída a la cueva y en consecuencia su muerte, por lo que es evidente la intencionalidad del depósito, que se trata de un enterramiento, también la identificación de sus dos pulseras como ajuar y quizás de la existencia de restos faunísticos que podrían formar parte de algún tipo de ofrenda.

Sabíamos también de lo excepcional de un hallazgo de este tipo en una zona en la que escasea la documentación funeraria de época metalúrgica, pero aún así Fuentenagrosa no dejaba de ser un resto aislado, por lo que todo nuestro trabajo debía encaminarse a situar la sepultura en su correcto contexto cronológico y cultural.

Este objetivo abarca la obtención de fechas radiocarbónicas, análisis metalográficos de las piezas metálicas, análisis de paleodietas que nos aporten información económica de la comunidad a la que perteneció la difunta, y la búsqueda de una posible relación habitacional siempre imprescindible para poder completar los gestos funerarios.

Una primera muestra de hueso se envió al Laboratorio de Beta Analytic de Florida siendo tratada por AMS. Su resul-

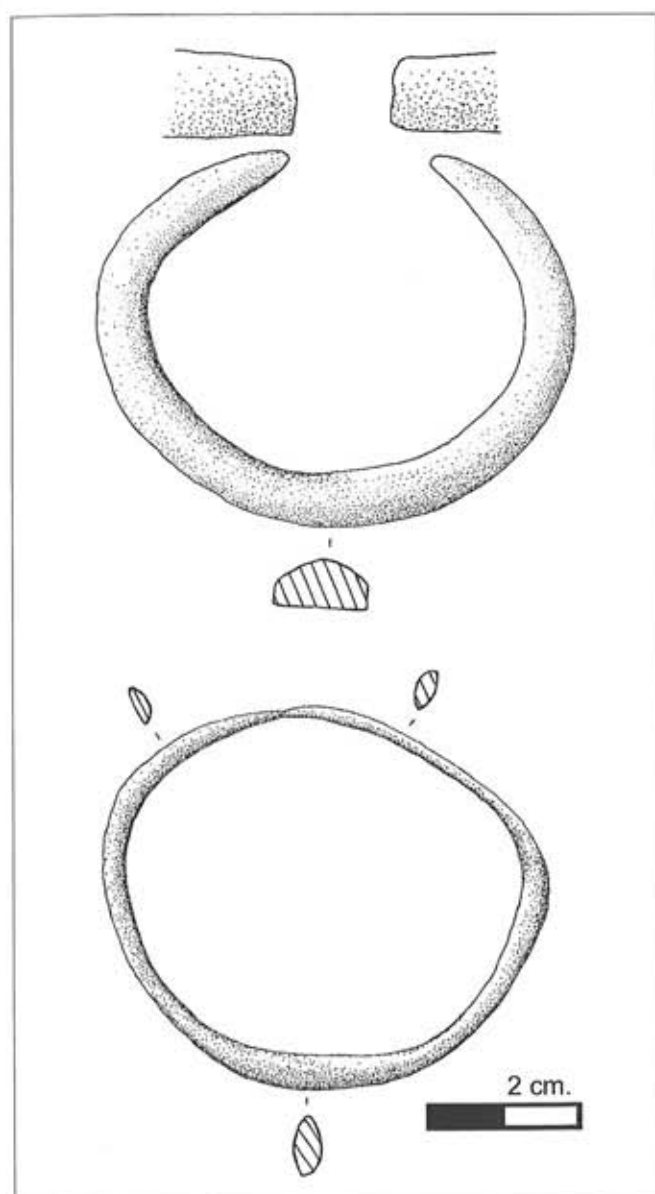


Figura 3.—Dibujo de los Brazaletes del ajuar de Fuentenagrosa.



Lámina 2.—Brazaletes del enterramiento.

tado fue del 2550 ± 40 BP (Beta- 166077). Dadas las indicaciones del laboratorio sobre un alto contenido de nitrógeno en la muestra, para mayor certeza, se mandó al mismo laboratorio una segunda muestra (Beta-167298), en esta ocasión una pieza dental tratada también por Acelerador que obtuvo un resultado más reciente, del 2500 ± 40 BP.

Las diferencias de ambos registros más que generar cierta desconfianza en el método de datación en cuestión, pues en realidad tales hechos son comunes cuando se repiten muestras, o se obtienen varias de un mismo nivel estratigráfico, nos hicieron trabajar en lo que ya es obligada corrección del C-14, su calibración. En este sentido ambas fechas tienen una desviación estándar baja y por lo tanto aceptable para valorar sus buenas condiciones. Sus intervalos de calibración no son excesivamente amplios para lo que viene siendo usual en la Edad del Hierro con los problemas de sobra conocidos en la curva de calibración de esta etapa, luego de nuevo muestran coherencia. Y finalmente son estadísticamente semejantes, cuestión para la que acudimos a la combinación de probabilidades del programa Oxcal 3.5. (Fig. 4).

Tras la obtención de un valor medio de 2525 ± 28 BP, los intervalos resultantes del test al 95,4% de probabilidad son (Cal BC 800-750 y 730-520), lo que adscribe el enterramiento a los comienzos de la Edad del Hierro, a un periodo que a grandes rasgos va de mediados del siglo VIII al siglo VI a.C. en cronología calibrada, y que corresponde a un etapa especialmente novedosa en los últimos años en Asturias.

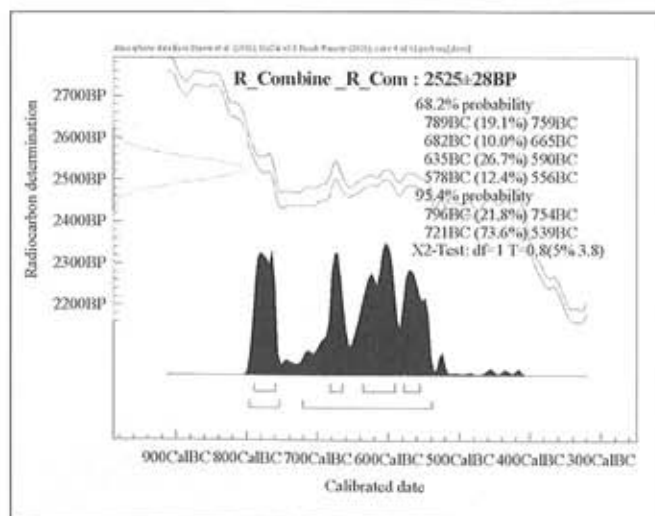


Figura 4.—Combinación de probabilidades de las dos fechas radiocarbónicas obtenidas.

La aparición en los castros astures de niveles arqueológicos del Bronce Final y la I Edad del Hierro es reciente y ha pasado por “años de incertidumbre y suspicacias” (Fernández-Posse, 1996: 83), pero ya no es cuestionable, perfilándose cada vez mejor un horizonte de habitación que podría tener su correlato funerario en el enterramiento que nos ocupa.

Sin insistir ahora demasiado en connotaciones constructivas, o económicas, o sociales de la zona, sino sólo las que nos permiten la comparación con Fuentenegro, las funerarias, cronológicas y metalúrgicas, diremos que una primera referencia al periodo que nos interesa procede del castro de Chao Samartín en cuya acrópolis se encontró la única muestra funeraria ligada hasta el momento al mundo de los castros, una cista de pizarra con una calota craneal, fechada a principios del siglo VIII a.C. (Villa, 2002b: 156).

Este poblado, se sitúa a la cabeza de una serie de castros del sector occidental asturiano, el más romanizado, cuyas amplias series de fechas radiocarbónicas son el mejor aval de su fundación prerromana. Este es el caso de San Chuis —con dataciones sin contexto arqueológico claro— y Os Castros representantes de un poblamiento de la Edad del Hierro fortificado, sobre elevaciones destacadas, y con cabañas bien sepultadas por niveles imperiales que en Chao Samartín se remonta a los momentos finales de la Edad del Bronce, el siglo VIII a.C. a tenor de los resultados cronológicos obtenidos en una cabaña de la plataforma superior (Villa, 2002a).

Ese mismo poblamiento indígena se intuye nuevamente a partir de fechas en el estrato VII de La Campa Torres, y desde luego se acota mucho mejor aunando fechas y estratigrafías en el ámbito centro-oriental, el que más nos interesa, donde las ocupaciones prerromanas mucho menos alteradas se reiteran en las excavaciones de varios castros del área de la ría de Villaviciosa (Camino, 1999; Camino y Viniegra, 1999). Este es el caso del castro de Olivar o de El Castillo de Camoca, ambos con fechas comprendidas entre los siglos VIII y VI cal BC.

En Camoca, las fechas de C-14 calibradas de su única ocupación con tres sucesivos niveles constructivos se ratifican en un intervalo (Cal BC 742-527), muy semejante al obtenido en Fuentenegro. Estamos ante un poblamiento de cabañas realizadas en materiales poco perdurables, madera y barro, y una dotación de varias líneas defensivas que contrasta con la corta ocupación del yacimiento que muestran las fechas. Pero además entre sus materiales destaca la abundancia de evidencias metalúrgicas, entre vasijas-horno, gotas de fundición, fragmentos de moldes y varias piezas de bronce ternarios que nos sirven para introducirnos en un segundo aspecto de comparación con Fuentenegro para el que

será muy importante conocer en breve la aleación de los dos brazaletes que portaba la difunta como ajuar.

Como es bien sabido la metalurgia posee un papel realmente destacado dentro del poblamiento castreño de la I Edad del Hierro de la región, pero se hace especialmente sugerente en el centro-oriente asturiano por la abundancia de explotaciones de cobre. El registro obtenido en los últimos años en yacimientos como Camoca aporta a la zona oriental asturiana una variedad metálica antes cuestionada por la falta de evidencias, que siendo clara heredera de la tradición tipológica del Bronce Final, se confirma en la línea de piezas que repiten los tipos locales y otras que muestran gran proximidad con tierras leonesas (Camino, 1999: 158).

En realidad utilizamos el metal para buscar ceñidas búsquedas de influjos, pero la producción castreña que se viene conociendo en los últimos años, tanto en el occidente como el oriente de la región, invita a la previa definición de un núcleo sólido de actividad metalúrgica que se cimente como nuevo argumento de continuidad de lo castreño respecto al Bronce Final. Es decir, en el sentido de comunidades que tienen un protagonismo activo en la continuidad e intensificación del beneficio de los recursos mineros locales durante el Bronce Final y en la tantas veces sugerida exportación del metal (Blas, 1989: 152; Blas y Fernández Manzano, 1992: 405), a la que ahora tenemos que añadir el registro de Fuentenegroso en plena montaña. Habremos de profundizar en ello, pero no deja de ser interesante esa situación en sierra, y su enmarque en un momento en el que a los recursos locales de metal se suma el uso de los foráneos, como muestra el polimetalismo, y las redes comerciales en las que sustentar intercambios y aprovisionamientos a cierta distancia (Camino, 2002: 150).

En este contexto la tipología de las piezas en cuestión no es muy explícita, pero ligada a la situación del enterramiento permite algún comentario. Pulseras de diseño anular abierto, macizas y lisas las encontramos a lo largo de la Edad del Bronce prolongándose en la Edad del Hierro. Se conocen en varios depósitos atlánticos (Coffyn, 1985: Fig. 41) y aún siendo escasos en la región podemos acudir al conjunto de Aller (Blas, 1983: 188), que podría haber reunido entre siete y doce piezas de las que se conserva un único ejemplar que comparte con nuestra pieza más grande su terminación en bordes rectos paralelos.

Frente al referente aislado de los depósitos, el contexto de los castros fundados en ese tránsito Bronce-Hierro es importante por lo que no está de más señalar la presencia de brazaletes entre las piezas metálicas recuperadas en los niveles prerromanos de La Campa Torres (Maya y Cuesta, 2001: 98) o Camoca (Camino y Viniegra, 1999: 242), por mucho que con ello releguemos la similitud tipológica. Y en ese marco

cronológico y cultural, expresado por los castros surgidos en el Bronce Final-Hierro I, y dentro de ese ámbito oriental, más exactitudes reclama con el ejemplar más macizo el brazaletes aparecido en las proximidades de Riaño -León- (Celis, 1999).

No menos sugerente es la relevante escala e incluso especialización que la producción metálica podría alcanzar durante la Edad del Hierro y su consecuente valor como elemento distorsionante de la igualdad emanada de las construcciones de los castros (Camino, 2002: 150). En este sentido el único ajuar que acompaña la sepultura es metálico y de carácter suntuario a pesar de su simplicidad formal. Una mujer joven con una posición social heredada o recientemente adquirida enterrada en tierras sobre las que su comunidad ejerce algún tipo de control, o al menos constituye su área de circulación y explotación de recursos.

Fuentenegroso es por el momento demasiado excepcional como para pretender tipificar el ritual funerario de las comunidades castreñas, pero la relación enterramiento femenino y pulseras, situadas además cada una en una muñeca, podría ser un patrón a tener en cuenta si nos fijamos en la estandarización de dicha combinación en las tumbas célticas centro-europeas (Lorenz, 1985). Por otro lado, incide en las raíces locales que también caracterizan los ritos funerarios de la Edad del Hierro europea (Collis, 1993: 72). De este modo, si los datos sobre el poblamiento antiguo de los castros asturianos abogan por la continuidad de un poblamiento anterior, Fuentenegroso es claramente la prueba de una tradición funeraria arraigada igualmente desde tiempos antiguos.

En este sentido son varias las cuevas sepulcrales conocidas en la zona, la mayor parte con restos de atribución cro-



Lámina 3.-El enterramiento de Fuentenegroso en el momento de su hallazgo.

será muy importante conocer en breve la aleación de los dos brazaletes que portaba la difunta como ajuar.

Como es bien sabido la metalurgia posee un papel realmente destacado dentro del poblamiento castreño de la I Edad del Hierro de la región, pero se hace especialmente sugerente en el centro-oriental asturiano por la abundancia de explotaciones de cobre. El registro obtenido en los últimos años en yacimientos como Camoca aporta a la zona oriental asturiana una variedad metálica antes cuestionada por la falta de evidencias, que siendo clara heredera de la tradición tipológica del Bronce Final, se confirma en la línea de piezas que repiten los tipos locales y otras que muestran gran proximidad con tierras leonesas (Camino, 1999: 158).

En realidad utilizamos el metal para buscar ceñidas búsquedas de influjos, pero la producción castreña que se viene conociendo en los últimos años, tanto en el occidente como el oriente de la región, invita a la previa definición de un núcleo sólido de actividad metalúrgica que se cimente como nuevo argumento de continuidad de lo castreño respecto al Bronce Final. Es decir, en el sentido de comunidades que tienen un protagonismo activo en la continuidad e intensificación del beneficio de los recursos mineros locales durante el Bronce Final y en la tantas veces sugerida exportación del metal (Blas, 1989: 152; Blas y Fernández Manzano, 1992: 405), a la que ahora tenemos que añadir el registro de Fuentenegroso en plena montaña. Habremos de profundizar en ello, pero no deja de ser interesante esa situación en sierra, y su enmarque en un momento en el que a los recursos locales de metal se suma el uso de los foráneos, como muestra el polimetallismo, y las redes comerciales en las que sustentar intercambios y aprovisionamientos a cierta distancia (Camino, 2002: 150).

En este contexto la tipología de las piezas en cuestión no es muy explícita, pero ligada a la situación del enterramiento permite algún comentario. Pulseras de diseño anular abierto, macizas y lisas las encontramos a lo largo de la Edad del Bronce prolongándose en la Edad del Hierro. Se conocen en varios depósitos atlánticos (Coffyn, 1985: Fig. 41) y aún siendo escasos en la región podemos acudir al conjunto de Aller (Blas, 1983: 188), que podría haber reunido entre siete y doce piezas de las que se conserva un único ejemplar que comparte con nuestra pieza más grande su terminación en bordes rectos paralelos.

Frente al referente aislado de los depósitos, el contexto de los castros fundados en ese tránsito Bronce-Hierro es importante por lo que no está de más señalar la presencia de brazaletes entre las piezas metálicas recuperadas en los niveles prerromanos de La Campa Torres (Maya y Cuesta, 2001: 98) o Camoca (Camino y Viniegra, 1999: 242), por mucho que con ello releguemos la similitud tipológica. Y en ese marco

cronológico y cultural, expresado por los castros surgidos en el Bronce Final-Hierro I, y dentro de ese ámbito oriental, más exactitudes reclama con el ejemplar más macizo el brazaletes aparecido en las proximidades de Riaño -León- (Celis, 1999).

No menos sugerente es la relevante escala e incluso especialización que la producción metálica podría alcanzar durante la Edad del Hierro y su consecuente valor como elemento distorsionante de la igualdad emanada de las construcciones de los castros (Camino, 2002: 150). En este sentido el único ajuar que acompaña la sepultura es metálico y de carácter suntuario a pesar de su simplicidad formal. Una mujer joven con una posición social heredada o recientemente adquirida enterrada en tierras sobre las que su comunidad ejerce algún tipo de control, o al menos constituye su área de circulación y explotación de recursos.

Fuentenegroso es por el momento demasiado excepcional como para pretender tipificar el ritual funerario de las comunidades castreñas, pero la relación enterramiento femenino y pulseras, situadas además cada una en una muñeca, podría ser un patrón a tener en cuenta si nos fijamos en la estandarización de dicha combinación en las tumbas célticas centro-europeas (Lorenz, 1985). Por otro lado, incide en las raíces locales que también caracterizan los ritos funerarios de la Edad del Hierro europea (Collis, 1993: 72). De este modo, si los datos sobre el poblamiento antiguo de los castros asturianos abogan por la continuidad de un poblamiento anterior, Fuentenegroso es claramente la prueba de una tradición funeraria arraigada igualmente desde tiempos antiguos.

En este sentido son varias las cuevas sepulcrales conocidas en la zona, la mayor parte con restos de atribución cro-



Lámina 3.-El enterramiento de Fuentenegroso en el momento de su hallazgo.

nológica poco clara por la antigüedad del hallazgo o el escaso diagnóstico de los materiales que acompañan los restos óseos. Entre ellas esta la cueva de El Bufón, en Llanes, de la que se utilizó un ensanchamiento interior para el depósito de al menos cuatro individuos con ajuares líticos, cerámicos y de conchas perforadas (Fernández Menéndez, 1923), o Trespando (Arias *et alii*, 1986). Para ellas una referencia cronológica hacia comienzos de la Edad del Bronce procede de los resultados de termoluminiscencia de la cerámica tipo Trespando encontrada en otra cueva del entorno, la cueva de Arangas, cuyo uso podría prolongarse hasta el Bronce Medio (Arias y Ontañón, 1999: 78). No sabemos si en similar marco cronológico podría incluirse el resto de enterramiento sin ajuar alguno encontrado en el abrigo de Paré de Nogales (Rodríguez, 1992), cuyo interés reside en su localización también en Peñamellera Alta, mientras que aún sin documentación funeraria, un uso más tardío, de la Edad del Hierro, llega a plantearse para la cueva de La Zurra, en Purón (Arias *et alii*, 1986).

Con estas referencias, unidas a las procedentes del mundo megalítico y de otras tantas áreas de habitación al aire libre, que abarcan desde el Neolítico hasta un genérico Bronce en que el poblamiento no se reduce sólo a las zonas bajas, sino también al interior (Arias y Pérez, 1992), no hay duda de que el área que nos ocupa es una de las mejor conocidas en este momento, y una de las más pobladas de la Prehistoria reciente asturiana, sin olvidar la presencia del emblemático "ídolo de Peña Tú" (Bueno y Fernández Miranda, 1981), como individuo armado de clara referencia simbólica y fáctica que preside la Sierra Plana de Vidiago en un enclave visible desde Fuentenegro.

Esa misma ocupación expansiva ocupando la rasa costera, sierras y valles interiores se reproduce en los castros del centro oriente asturiano que, sin embargo, contrasta ahora al este del Sella donde los poblados fortificados escasean dejando entrever lo que posteriormente quedara plasmado en la división de pueblos que asentará la administración romana (Camino y Viniegra, 2002: 32).

El reciente hallazgo de la fortificación Punta de Jarri, junto a Llanes, es una llamada de atención a delimitaciones arqueológicas demasiado taxativas, pero también es cierto que más que modificar ese panorama abre nuevas posibilidades de conocer mejor las causas que hacen que el poblamiento fortificado parezca diluirse en tamaño e interés defensivo hacia tierras cántabras.

En relación con Fuentenegro mejora notablemente nuestras expectativas de estudio, pues nos ha proporcionado la posibilidad de relacionar ritual funerario y contexto de habitación. En este sentido, a falta de trabajos arqueológicos que tenemos previstos realizar en él, Punta de Jarri cumple

los caracteres físicos y espaciales que definen el poblamiento castreño del ámbito oriental que tantas muestras prerromanas y de metalurgia broncea esta proporcionando en los últimos años. Ello redunda en su posible filiación antigua, a la vez que su proximidad a Fuentenegro lo convierte en un elemento de relación a tener en cuenta.

Fuentenegro constituye hasta el momento la única evidencia funeraria, bien asentada en fechas radiocarbónicas, que puede cotejarse con los primeros registros de ocupación de los castros asturianos. El propio rito inhumatorio, la elección de una cavidad como lugar sepulcral y en un entorno con formas gráficas ancestrales, así como el propio ajuar metálico de clara tradición atlántica hablan de un substrato aún latente y acercan el enterramiento a la misma línea de continuidad entre Bronce-Hierro que está mostrando la arqueología de los hábitat.

En la actualidad se están realizando análisis de paleodietas, dada la buena conservación de los restos, y análisis metalográficos del ajuar que portaba el enterramiento. Estos datos, junto con una más amplia contextualización ambiental y cultural colaborarán al conocimiento de una faceta prácticamente inédita de la cultura castreña asturiana: sus costumbres funerarias.

Junio - 2002

AGRADECIMIENTOS

A D. Lorenzo Barragán Hoyas, que junto con D. Jesús Chicote y Doña Salomé Ríos, que descubrieron los restos, les debemos la documentación fotográfica del hallazgo y la información que en todo momento han puesto a nuestra disposición. También obtuvimos fotografías realizadas por los miembros del equipo de montaña de Cangas de Onís que amablemente nos condujeron al yacimiento. En el duro ascenso nos acompañaron, un tanto engañados, nuestros amigos, y grandes aficionados de la Prehistoria asturiana, Miguel González Pereda, Alfonso Fernández Oria y Gloria Jané.

Jesús Aguado, del Instituto Nacional de Toxicología de Madrid, fue quien nos mostró e informó sobre los restos desplazados hasta la capital. Desde allí fueron enviados los brazaletes a Salvador Rovira, del Museo de Arqueológico Nacional, quien se encarga de su estudio metalográfico.

El análisis de paleodietas está siendo llevado a cabo por Gonzalo Trancho, de la UCM.

A Hernán del Frade se debe el hallazgo del castro de La Punta de Jarri.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS, P. y PÉREZ, C. (1992): "Los yacimientos al aire libre del Llano de los Carriles en el concejo de Llanes (Asturias)". *BIDEA* nº 140. Págs: 513-558.
- ARIAS, P., PÉREZ, C. y TREVÍN, A. (1986): "Las cerámicas de la cueva de la Zurra (Purón, Llanes)". *Boletín de Estudios Asturianos*, 117. Págs: 235-242.
- ARIAS, P., MARTÍNEZ, A. y PÉREZ, C. (1986): "La cueva sepulcral de Trespando (Corao, Cangas de Onís, Asturias)". *Boletín de Estudios Asturianos*, 120. Págs: 1259-1289.
- ARIAS, P. y ONTAÑÓN, R. (1999): "Excavaciones arqueológicas en la cueva de Arangas (1995-1998). Las ocupaciones de la Edad del Bronce". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-98*. Págs: 75-88.
- BLAS CORTINA, M.A. (1983): *La Prehistoria Reciente en Asturias*. Consejería de Educación y Cultura. Principado de Asturias. Oviedo.
- (1989): "La minería prehistórica del cobre en las montañas astur-leonesas". *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*. T.I. Madrid. Págs: 143-153.
- BLAS CORTINA, M. A. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1992): "Asturias y Cantabria en el primer milenio a.C.". *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3, Madrid. Págs: 399-416.
- BUENO, P. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1980): "El Peñatu de Vidiago (Llanes, Asturias)". *Altamira Symposium*, Madrid. Págs: 451-468.
- CAMINO, J. (1999): "Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-98*. Págs: 151-161.
- (2002): "Algunos comentarios sobre las pautas territoriales y sociales de los Castros del Oriente de Asturias". En M.A. de Blas y A. Villa (Eds): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Ayuntamiento de Navía. Págs: 139-157.
- CAMINO, J. y VINIEGRA, Y. (1999): "El horizonte cronológico y cultural de la Edad del Hierro en Asturias. El caso de la Ría de Villaviciosa". En R. Balbín y P. Bueno: *II Congreso de Arqueología Peninsular*. T. III. Zamora. Págs: 239-248.
- (2002): "Los castros de la fastera oriental d'Asturies". *Asturies*. Noviembre 2002. Págs: 20-35.
- CELIS, J. (1999): "Brazaletes oval de sección plano-convexa y bordes redondeados". *Cántabros. La génesis de un pueblo*, Caja Cantabria, Santander. Pág. 271.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Paris Diffusion de Boccard.
- COLLIS, J. (1993): "Los celtas en Europa". En *Los celtas: Hispania y Europa*. Universidad Complutense. Págs: 63-76.
- FERNÁNDEZ MENÉNDEZ, J. (1923). "De la prehistoria de Asturias. La cueva de El Bufón en Vidiago". *Ibérica* vol. XIX nº 481. Págs: 361-364.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (2002). "Tiempos y espacio en la Cultura Castreña". En M. A. de Blas y A. Villa (Eds): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Ayuntamiento de Navía. Págs: 81-95.
- LORENZ, H. (1985): "Regional organization in the western Early La Tène province; the Marne-Mosel and Rhine-Danube groups". En T. Champion y J. Megaw: *Settlement and Society. Aspects of West European Prehistory in the first Millenium B.C.* Págs: 109-112.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F. (2001): *El castro de la Campa Torres. Periodo prerromano*. Serie patrimonio 6. Ayuntamiento de Gijón.
- RODRÍGUEZ, V. (1992): "Informe preliminar sobre la excavación en la Paré de Nogales (Peñamellera Alta, Asturias) 22 de junio- 20 de julio de 1990". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-90*. Págs: 105-112.
- VILLA, A. (2002a): "Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias". En M. A. de Blas y A. Villa (Eds): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Ayuntamiento de Navía. Págs: 160-188.
- (2002b): "Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros asturianos (siglos VIII a.c. - II d.c.)". *Trabajos de Prehistoria* 59.2. Madrid. Págs: 149-162.